

ACTORES CÓMICOS

RAFAEL DE SANTA ANA, DEL TEATRO DE LA PRINCESA

CARICATURA, POR FRESNO

ESTRENOS EN EL COMICO Y EN BARBIERI



TEATRO CÓMICO. UNA ESCENA DEL CUADRO SEGUNDO DEL TERCER ACTO DE LOS PERROS DE PRESA



TEATRO BARBIERI. UNA ESCENA DEL CUADRO CUARTO DE LOS HIJOS DEL ARROYO

ESTRENO EN LA COMEDIA
EL CENTENARIO



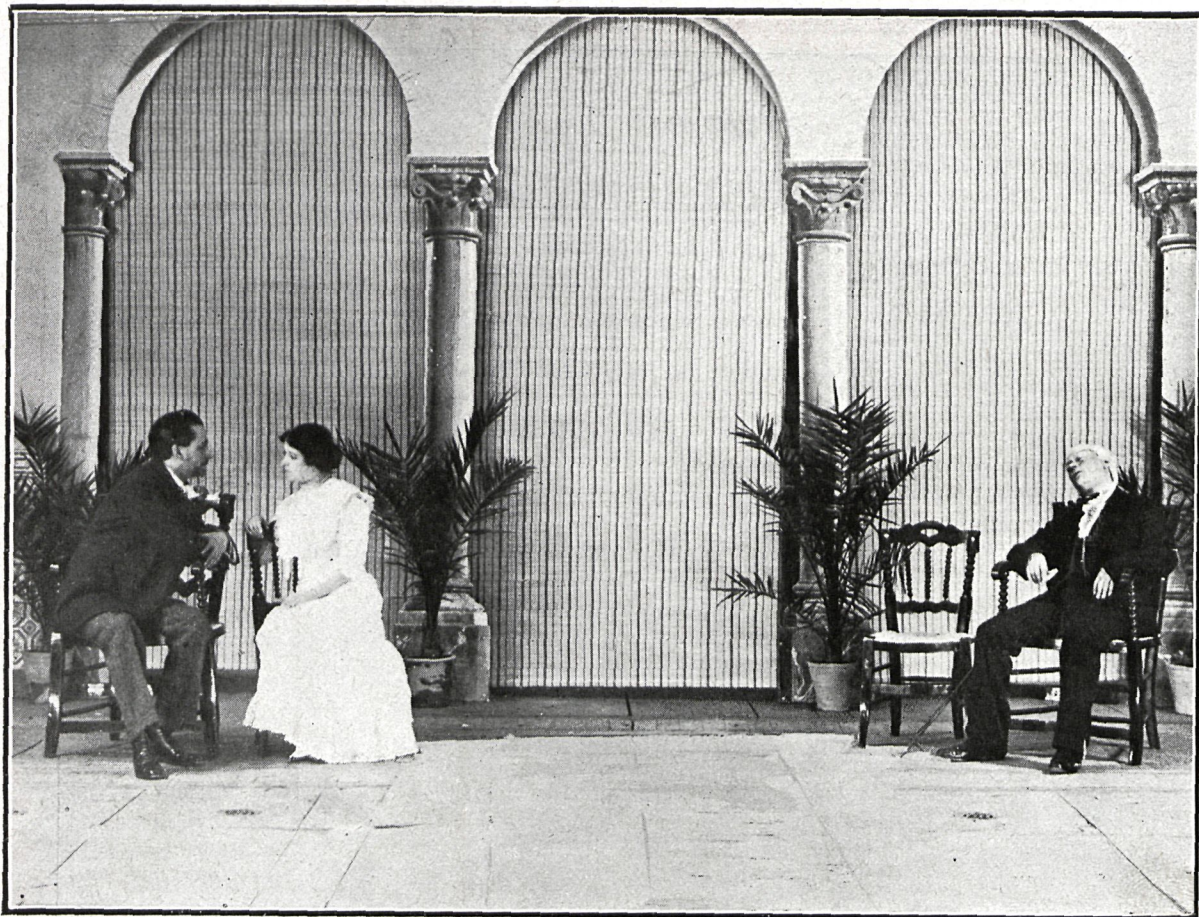
UNA ESCENA DEL ACTO PRIMERO. SRTA. MORENO Y SR. SÁNTIAGO

Fot R. Gifuentes



ESCENA FINAL DE LA COMEDIA EL CENTENARIO, DE LOS HERMANOS ALVAREZ QUINTERO
CURRITA, SRTA. MORENO; PAPÁ JUAN, SR. SANTIAGO; TORINO, SR. GONZÁLEZ

Fot. R. Cifuentes



UNA ESCENA DEL TERCER ACTO. SR. GONZÁLEZ, SRTA. MORENO Y SR. SANTIAGO Fot R: Gifuentes

AUTOCRITICA

Cuatro palabras, porque quien nos las pide no nos da tiempo para más. Hilvanamos estas líneas horas después de la primera representación de nuestra comedia, fatigados aún por las complejas emociones del estreno.

Pretendimos, al escribir *El Centenario*, hacer una comedia de clara y sencilla poesía; una comedia que no fuese más que un canto de amor á la vida y de esperanza en ella. "La vida no es el invierno sólo", le dice papá Juan, el protagonista de la obra, á Trino, mozo alocado que de la vida quiso desertar porque una mujer era coqueta. "Te lo dice quien, como yo—añade el viejo,—ha visto brotar las flores de cien primaveras y ha oído cantar las golondrinas de cien veranos. Jamás he dicho yo en mi vida: ¿Y ya, para qué? Nunca es tarde, Trino. La vida sigue; la primavera vuelve. El

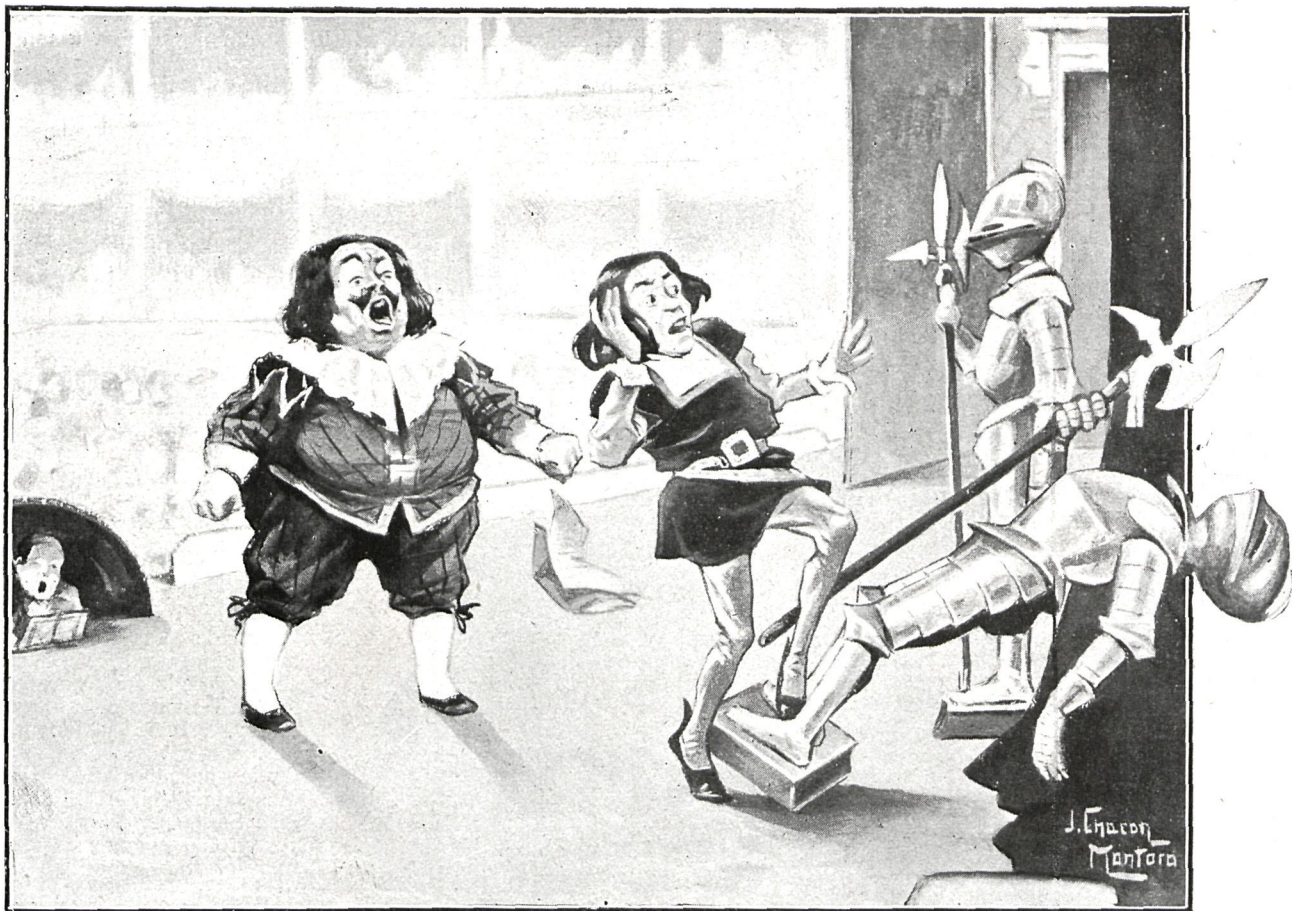
hombre se muere una vez nada más, pero nace todas las mañanas al abrir los ojos."

Pensamos nosotros que la esperanza, el ideal en la vida, la luz lejana que ha de impulsarnos á caminar siempre sin rendirnos, tendrían profunda y serena emoción cantados por los trémulos labios de un viejo, lleno de vida y fuerte experiencia.

A la realidad poética de esa figura, al consolador estímulo de cuanto él dice y hace, como quien ve á los hombres y las cosas desde una cumbre, creemos nosotros que se deben los aplausos de hace unas horas... y á nada mejor queremos deberlos.

¿Acertamos? Nos place. ¿Nos engañamos? Pues ojalá sepamos verlo. Después de todo, una obra en que se canta la esperanza no alienta sino á seguir adelante.

L. y Manuel Quintana



NOCHEBUENA

(MEMORIAS DE UN POBRE CÓMICO)

De año en año me siento más triste y aburrido en esta noche que dice todo el mundo que es Nochebuena. Y no crean ustedes que yo soy *de mio* melancólico y llorón como un sauce, ¡quia! Nadie como yo se ha divertido y gozado tanto en las Nochebuenas. Eso sí, era en los tiempos de mi juventud, y aun ya bien entrado en la funesta edad de los desencuentos, que dijo el poeta. La alegría la llevaba conmigo mismo y la derrochaba prodigamente. Eran grandes mis ilusiones. Creía de buena fe que emularía á los más ilustres próceres de nuestra escena: me "sentía" Latorre, Valero, Calvo, Vico.

El día, mejor dicho, la noche en que pisé el escenario del Español, vestido de paje, no me habría cambiado yo por el Emperador de Rusia. Salí á escena temblándome las piernas y emocionado. Mi papel reducíase á decir á un don Mendo que, impaciente, se paseaba por una señorial cámara:

—Señor, para vos dióme este pliego don Nuño.

Le entregaba el pliego y, previa una reverencia, me retiraba por el foro.

De manera tan sencilla y humilde hacía yo mi aparición en el arte, en el cual soñaba con alcanzar fama imperecedera.

Salí, como digo, azoradísimo, y en mi azoramiento, dije:

—Señor, para vos dióme don pliego este Nuño.

Y puse en las narices, que no en las manos del caballero, el plieguecito.

El público recibió mi mensaje con una carcajada verdaderamente homérica, y el don Mendo, primer actor y director de la compañía, me dirigió una de esas miradas que no se olvidan nunca, y yo, pobrecito de mí, aturrido, anonadado, pidiéndole á Dios

me hiciese desaparecer de escena por escotillón, substituí con un traspies la reverencia, y en vez de hacer "mutis" por la puerta del foro, quise hacerlo por una armadura que había cerca. Tropecé con la armadura, que cayó estrepitosamente al suelo, redobláronse las risotadas en el patio, rugió como una fiera el don Mendo, llamándome "¡animal!", y yo, atolondrado y lloroso, me vi en el forillo, al lado del traspunte que, rabioso, me saludó con un "¡imbécil!" que me dejó frío.

Mi estreno, mi "debut", ó como á ustedes les plazca llamarlo, no auguraba precisamente la aparición de un astro en la escena. Pero en plena juventud estos fracasos no cambian el rumbo de la propia voluntad. Me consolaba reflexionando que muchos gloriosos actores habían tenido en sus comienzos parecidos desastres.

Y desde aquella primera noche, ¡los escenarios que yo habré pisado, las peripecias, trabajos, desilusiones y amarguras sufridas por quien soñó con ser un actor genial y se ve comiquin en un teatrillo lírico de á "perra gorda" la entrada...!

Cuando reflexiono en este final, tan desdichado como mis comienzos, me entra la murria, y en esta noche de universal regocijo, lo hallo todo fúnebre y elegíaco, y me veo yo, y veo á los míos: mi mujer, tres hijos y suegro, tal como somos, unos pobrecitos para quienes resulta cruel ironía que llamen Nochebuena á la que ellos y yo pasamos tan miserablemente.

Al salir á escena, en la última sección, y contemplar al público bullicioso que viene al teatro provisto de panderetas, rabeles, tambores y chicharras, he comparado su alegría con mi tristeza, y si no fuera

por el indecente puchero, el tirano que nos obliga á tantas concesiones con nuestra propia voluntad, me habría acercado á la batería, y en vez de "rezar" mi papel faranduloso, me habría encarado con el "respetable", diciéndole:

"Señores: Esta noche, tan regocijada para todos, es para este pobre cómico una nohecita de las más crueles del año.

Salgo, como me veis, vestido de mamarracho para divertirlos; ésta es mi obligación, pero dudo que ni mis frases ni mis gestos os arranquen una sola sonrisa, porque mi verdadero yo no está aquí sino en un bohardillón, que dicen sotabanco, en donde me aguarda la familia para cenar. No creáis que éste que se os ofrece vestido de príncipe Gandolfo cenará á lo príncipe, ¡ay, no!; lombarda, plato clásico y baratito; besugo, si es que á última hora mi mujer encontró alguno al alcance de su menguado bolsillo, y si no, bacalao con patatas, cascajo y, ¡santas Pascuas!, á dormir.

"Señores: Los cómicos mediocres é infelices no celebramos la Nochebuena tan ruidosa y alegremente como finge la fantasía popular, ni cenamos á lo Lúculo ostras, salmón y langostinos, con arreglo á la ortodoxia de cristianos ricos que saben comer, ni bebemos Santerne, Burdeos, Jerez y Champagne. Así cenan los que ganan en dos noches lo que nosotros en un mes, los que "gastan" automóvil, los que á diario se ven llamados en la Prensa célebres, ilustres, eminentes, eximios, los grandes actores, en fin.

"Yo—perdonad mi soberbia—soñé en mi juventud, y aun en los comienzos de mi edad madura, con ser uno de estos genios de la escena, y ya supondréis, al verme aquí, que soñé neciamente con grandezas imposibles de alcanzar, porque para conquistarlas—dolorosa es la confesión—se necesitan aptitudes y condiciones artísticas que yo no he tenido jamás.

"Soy un fracasado, y al establecer el paralelo entre mi vida y la de los que llegaron á la altura que ambicioné, me rebelo contra mi suerte, que es rebelión estúpida, y el cuadro familiar que me aguarda después que salga del teatro me entenebrece y angustia.

"Si yo fuera un "genial" de esos que cobran 20 duros por noche, no retornaría á pie á mi domicilio, arrebujado en una liviana capa, ni palparía el aire helado de la noche, ni tendría que desgañitarme llamando al sereno para que



me franquee el paso á mis lares. Saldría embutido en un abrigo de pieles, con un veguero á la boca, entraría en mi automóvil, y en un santiamén me vería en casa, recibido por un majestuoso portero de librea. En el comedor, espléndidamente iluminado, toda mi familia, algunos amigos, tales admiradores y cuales periodistas, las damas con trajes escotados y los caballeros de frac, me aguardarían sentados á una mesa deslumbradora por los destellos de la cristalería, de los cubiertos, la nitidez de la vajilla, ramada de oro, y de la mantelería. Artísticos centros de plata, sustentando ramilletes de flores, darían una nota alegre al conjunto; una gran chimenea encendida templaría los rigores de la temperatura. En este ambiente cálido, perfumado, de bienestar, yo, el insigne actor, la eminencia harta de dinero, de aplausos, de satisfacciones, celebraré la Nochebuena, servido por criados de gran uniforme, como son servidos los próceres.

"La realidad, señores míos, la espantosa realidad me depara un comedor que parece el interior de un baúl por sus dimensiones y el papelito que recubre sus paredes; una mesa camilla con un hule resquebrajado, en el cual no deslumbran la vista, á la luz de una lámpara eléctrica de cinco bujías, los platos de loza ordinaria, los cubiertos, un día de metal blanco; hoy de una amarillez lamentable. Macilentos y adormidos, me esperan: mi mujer, arropada con una toquilla; los chicos y el suegro que, como es calvo, se resguarda la cabeza con una gorra de piel. La señora de la casa es la que nos sirve á todos, y no hay otra música que la que producimos al despachar la modesta refacción, que no sazonan risas ni galas del ingenio, porque mi mujer no sabe hablar de otras cosas que de las relacionadas con nuestro prosaico y sórdido vivir; si á Enriquín hay que comprarle botas, porque está descalzo; si Periquito necesita unos calzones, para que no luzca aquella parte de su individuo que menos debe lucirse; si Isabelita no tiene abrigo, y *ainda mais*, me recuerda "nuestros" ingleses de mayor importancia: el tendero, el panadero, el sastre, el carnicero...

"Tal cuadro ofrece mi hogar; perdonad, señores, que esta noche el cómico represente su papel como pudiera representarlo un "actor" guñolesco: el Destino es el maese que hace mover su cuerpo y su lengua."

Envuelto en la capa, tan vieja y miserable como su dueño, me dirijo á buen paso hacia mis lares; la helazón de la noche entumece mi cuerpo, y aquella otra de la desilusión, mi alma. En una esquina, y á la luz de un farol que da de lleno en un cartel pegado al muro, leo en letras rojas: *El alcalde de Zalamea*. Este título evoca en mí todo un mundo de recuerdos y de esperanzas, locas mariposas de juventud que huyeron de mi cerebro hace ya muchos años. Con este famoso *alcalde* pensaba yo lle-



gar en mi carrera escénica "de la inmortalidad al alto asiento".

Al rememorar esto, "me sentí" Pedro Crespo, y mis labios recitaron los versos del final del acto segundo, de inmejorable grandeza trágica.

El Arte, el divino Arte había ahuyentado con un soplo de ilusión las negruras de mi espíritu. Y como un hombre feliz, me dispuse á celebrar la Nochebuena con los míos, con mi pobre gente.

Por el cómico que no quiere firmar,

ALEJANDRO LARRUBIERA.